

4847

EL TEATRO



COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

---

---

# EL FUEGO DE ANOCHE

JUQUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

RAFAEL RAMÍREZ



MADRID

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR

*(Sucesor de Hijos de A. Gullón)*

PEZ, 40.— OFICINAS: POZAS,—2—2.º

1892

4



4 7

**EL FUEGO DE ANOCHE**

---

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante contratos internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la *Galería lírico-dramática* titulada **EL TEATRO**, de D. Florencio Fiscowich, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

---

# EL FUEGO DE ANOCHE

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

**RAFAEL RAMÍREZ**

Estrenado con extraordinario éxito en el TEATRO MARTÍN la noche  
del 5 de Octubre de 1892



MADRID

R. VELASCO, IMPRESOR, RUBIO, 20

—  
1892

# THE HISTORY OF THE

REIGN OF

CHARLES

THE SECOND

BY

J. H. BURTON

1794

LONDON: Printed by R. B. ALLEN, at the

PRINTING OFFICE

A Don Tomás Luceño

*en testimonio de gratitud y respeto*

*El Autor*

## REPARTO

---

PERSONAJES	ACTORES
DOÑA CALIXTA.....	SRA. VEDIA.
ROSA.....	SRTA. MONEDERO
JUANITO.....	SR. GALÉ.
DON LEÓN.....	ESPANTALEÓN.

---

La acción en Madrid.—Época actual



- LEÓN Niña no digas pamplinas,  
ni usted tampoco; yo he hablado,  
porque Calixta ha comprado  
pasadas estas sardinas.
- CAL. ¡Mira, no me hagas rabiarse  
ni me des más sofocones!
- ROSA ¡A papá, con los flemones,  
no se le puede aguantar!  
Por cualquier cosa se enfada.
- LEÓN Bueno, sí, me enfado. ¿Y qué?
- JUA. Puede ser que tenga usted  
alguna muela picada.
- LEÓN El picado...
- CAL. ¿Por qué chillas?
- LEÓN Soy yo, ¿os habéis enterado?
- CAL. Bueno, pues si estás picado,  
que te pongan banderillas.
- LEÓN Y pues me sobra razón,  
y lo que digo es verdad,  
es una barbaridad  
hacerme la oposición.
- CAL. ¡León, que te doy un sobo,  
por simple y por majadero!
- JUA. Por las sardinas me muero.
- LEÓN ¡Hombre, no sea usted tan bobo!
- JUA. ¿Que yo soy bobo?
- LEÓN ¡De Corial
- JUA. Yo, no las encuentro malas.
- LEÓN ¡Hombre, si usted come balas  
y le saben siempre á gloria!
- CAL. ¿Me da usted ese pan Juan?
- JUA. Ahí va.
- CAL. Gracias.
- JUA. No hay de qué;  
señora, créame usted,  
me muero por este pan.
- LEÓN ¿Qué postre tenemos?
- CAL. Unas  
peladillas. Miralas.
- JUA. ¡Ay, yo me muero por las  
peladillas!
- LEÓN ¡Qué tontunas  
dice usted siempre, y qué modo  
de no querer tener vida.

- CAL.           Usté se muere en seguida.  
LEÓN       Usté se muere por todo,  
              y á todo le da *barniz*  
              sin poderse contener,  
              tratándose de meter  
              debajo de la nariz.  
              Permita usté que me asombre.
- CAL.           ¡Es usté, amigo, una cruz!  
LEÓN       ¿Cuándo va usté á tener luz?  
JUA.       ¿Cómo luz?  
CAL.                       Dinero, hombre.  
              Poco soy y poco valgo,  
              más no importa, ¿por qué no  
              trae dinero, á ver si yo  
              me muero también por algo?  
              ¿Por qué no ha ido usté al momento,  
              necesitando dinero,  
              á casa de ese banquero  
              de la calle de Fomento,  
              que anuncia en *El Liberal*  
              de ayer, una plaza de  
              escribiente?
- LEÓN                       Pues, porque  
              trabaja para su mal.
- JUA.       ¡Pero si me he presentado!  
              ¡Si ayer por la tarde he ido!  
              Pero un chico, protegido  
              por el ministro de Estado,  
              se me ha puesto por delante!  
              ¡Solicitó con afan  
              la plaza, y claro, se la han  
              concedido en el instante!  
              Se necesita paciencia  
              para poder soportar...
- CAL.           ¡Hombre, usté se ha de quedar  
              á la luna de Valencia,  
              casi siempre!
- ROSA                       (¡Pobrecito!)
- JUA.       No, señora casi, no;  
              ¡siempre!
- LEÓN                       Lo mismo que yo;  
              ¡chóquese usté, don Juanito!
- CAL.           Eso; en mis propias narices  
              tomarlo á broma.

LEÓN

Por Dios,  
si no es broma; es que los dos  
somos un par de infelices  
que aunque se den maña y arte  
no consiguen encontrar...

CAL.

¡Sí! Pues os vais á marchar  
con la música á otra parte. (Pausa.)  
¿Por qué á su tía no escribe  
pintándola su deseo?

JUA.

¡No la escribo, porque creo  
que mi tía ya no vive!  
Es probable, y aun seguro  
que haya muerto.

LEÓN

Tal vez no.

JUA.

Y por eso juzgo yo  
demás pintarla mi apuro.  
Y si vive, ni memoria  
hará de mí, lo repito;  
y más habiéndola escrito  
cincuenta cartas á Soria  
que hacían estremecer,  
y á ninguna ha contestado.

LEÓN

Puede que no hayan llegado  
las cartas á su poder.

JUA.

¡Todas! ¡No sea usted tan niño!

LEÓN

¿Todas?

JUA.

Sí.

LEÓN

Pues juraría.

JUA.

¿Qué, don León?

LEÓN

Que su tía

le tiene á usted un gran cariño.

JUA.

¡Ni sabe lo que me pasa  
desde el día en que me dió  
un puntapié, y me arrojó  
sin compasión de su casal

LEÓN

Entonces afirma usted  
que está su tía enfadada,  
y que no le quiere!

JUA.

Nada;

es muy buena doña Fé  
del Cuerno.

LEÓN

¿Y á su marido,  
qué nombre le corresponde?

JUA.

Don Lúcio Sánchez y Conde,

un grandísimo perdido,  
sin tener nada de aquí;  
pero granuja y cruel  
para conmigo; por él  
me votó mi tía á mí  
de la tienda

CAL.

¡Qué rareza!

JUA.

De mí siempre criticaba,  
y dijo que no paraba  
un títere con cabeza  
por mi causa; y halló modo  
de decir, á propio intento,  
que en el establecimiento  
me comía casi todo  
el género que allí había.  
La mujer se lo creyó,  
y á los dos meses me echó  
de su comercio mi tía.  
Yo salí de mala gana,  
y aunque al principio sostuve  
una gran pelea, tuve  
que huir de *La Provinciana*.  
Usted no entenderá bien  
esto.

LEÓN

Si usted no me entera...

JUA.

Pues *La Provinciana* era  
el nombre del almacén.

LEÓN

¡Ya!

JUA.

Sin tener dónde ir,  
medio loco, apabullado  
y por todos despreciado,  
sólo pensaba morir.  
¡Las lágrimas á raudales  
rodaron por mis mejillas!  
Llegué hasta á comer cerillas,  
y si no es por los mil reales  
que poseía, me muero;  
por ellos no me maté,  
pues me daba pena que...  
quedara sólo el dinero.  
Así es que tuve paciencia,  
y aunque yo me contradije,  
de repente fuí y me dije:  
¡á luchar por la existencia!

Y preparado á la lid,  
el ferrocarril tomando,  
sin saber cómo ni cuándo  
me ví de golpe en Madrid.  
Aquí les conocí á ustedes,  
aquí á Rosa he conocido,  
¡aquí feliz he vivido  
entre estas cuatro paredes!  
Aquí el tiempo lo he pasado  
diciendo: ¡qué feliz soy!

CAL. Pues, hijo mío, desde hoy  
va usted á buscar á otro lado  
tan grata felicidad,  
y créame usted, amigo,  
que en esta ocasión no digo  
mentira, sino verdad.

JUA. ¡Qué es lo que escucho!

LEÓN (Aparte á Calixta.) (¡Mujer!)

CAL. Es poco lo que tenemos,  
hijo mío, y no podemos  
darle á usted más de comer.

LEÓN (¡Yo estoy más que sofocado!)

¡Vaya, me voy á entregar  
ese maldito ejemplar  
que tanta guerra me ha dado!  
¿Te pagarán?

CAL.

LEÓN

Es probable  
que en cuanto llegue lo hagan.

CAL.

Bueno, por si no te pagan,  
lleva preparado el sable.

JUA.

(No hallo manera, ni hallo (Aparte á Rosa.)  
el por qué de hablarme así.)

CAL.

(¡A éste le echo yo de aquí (Aparte á León.)  
en menos que canta un gallo!

Haré que mi furia estalle  
y de fiyo que se vá;  
cuando vuelvas ya estará  
de patitas en la calle.

¡Y si el marchar no le agrada,  
de un trompazo le revienta!)

LEÓN

(Mi mujer es un sargento  
de artillería montada.

¡En esta casa, ella impera!  
Hasta después.

CAL.  
LEÓN

Hasta luego.  
(¡Preparen, apunten, fuego!  
¡Pobre Juan, la que le espera!)  
(Don León vase por el foro derecha)

## ESCENA II

DOÑA CALIXTA, ROSA y JUANITO

CAL.

Rosa, á la cocina al punto.  
(A Rosa, que se ha quedado pensativa y no se mueve.)  
¿Oye usted lo que la digo?  
(Rosa hace mutis por la primera izquierda y Juanito la sigue, siendo detenido por doña Calixta.)  
Usted se queda conmigo  
para tratar de un asunto.  
Siéntese usted. (Ofreciéndole una silla.)

JUA.

Con permiso.

CAL.

(No, lo que es yo te aseguro...)

JUA.

(No sé por qué me figuro  
que estoy en un compromiso.)

CAL.

Con seguridad que está  
en mi casa muy contento.

JUA.

Mucho, señora.

CAL.

Pues siento  
decirle á usted, que ó se vá  
ó le echo yo.

JUA.

¡Dios me asista!

CAL.

¡Así, clarito, muy clarito!  
Porque yo ..

JUA.

Esto es un disparo,  
señora doña Calixta ..

CAL.

¡Sin cobrarle á usted intereses  
once meses! ¿pero á usted  
se le ha figurado que  
no ha comido en once meses?

JUA.

Sí, señora, que he comido,  
bien, por regla general;  
pero, muy bien, por lo cual  
estoy muy agradecido.  
Le sobra á usted la razón  
y no habla usted por hablar.

CAL.

Pues debía usted buscar

alguna colocación  
que le sacara de apuros,  
que á mí también me sacara  
algo que proporcionara  
unos reales ó unos duros,  
tan sólo para comer,  
para poder subsistir.

JUA. ¡Vivir así, no es vivir!  
No, señora; ¡qué ha de ser!  
Por lo visto se complace  
en torturarme, señora.

CAL. ¿Y qué voy hacer yo ahora?  
Usted verá lo que hace  
y verá lo que le pasa.

JUA. Nunca pude imaginarme  
que llegara usted á arrojarme  
sin compasión de su casa.  
Y pues no hay tal compasión,  
tenga usted por entendido  
que yo no soy un perdido,  
ni un tunante, ni un bribón,  
sino un chico muy decente,  
sincero, franco y amable,  
que si ha abusado del sable  
molestando á mucha gente,  
ha sido con el objeto  
de respetarla.

CAL. ¿De veras?  
¡Si á mí de todas maneras  
nadie me falta al respeto!

JUA. Con objeto de ayudarla,  
con objeto de traerla  
dinero, para quererla,  
como para respetarla.

CAL. ¡Mi niña es algo sensible,  
usted la quiere llevar  
sin remisión al altar,  
y esa unión es imposible!  
Porque á mí no me conviene  
ver á mi hija casada  
con quien nunca tendrá nada.

JUA. ¿Cómo?

CAL. A ver lo que usted tiene,  
ó á ver lo que usted tendrá

dentro de unos cuantos años.  
¿Millones? ¡De desengaños!  
Pero de pesetas... ¡quía!  
El mundo es una batalla  
donde se expone la vida  
y donde siempre es vencida  
la persona que se calla;  
por eso yo no pretendo  
callarme.

JUA.  
CAL.

Ya, ya lo veo.  
Y aunque le parezca feo  
este proceder, entiendo  
que no le debe chocar,  
ni se debe estremecer,  
¡pues siempre para comer  
fué preciso trabajar!  
Es usted, amigo, un gandul,  
un holgazán, á quien no  
le importa mucho que yo  
le ponga de oro y azul.  
En fin, no quiero insistir  
sobre un tema tan molesto;  
tenga usted presente esto  
que le acabo de decir.  
¡Olvide los matrimonios  
y reprima ese deseo,  
y váyase usted á paseo  
con doscientos mil demonios!  
¡No haga que en cólera estalle!  
Márchese de buena gana,  
pues si no, por la ventana  
le tiro á usted á la calle.

JUA.

(¡Qué modales tan groseros!  
¡Estoy sudando betún!  
¡Pero esta señora es un  
cabo de carabineros!)

CAL.

Mi hija no es una belleza,  
pero si se empeña en que  
se ha de casar con usted,  
la machaco la cabeza.

JUA.

¡Qué atrocidad!

CAL.

Soy así.

JUA.

(¡Muy animal!)

CAL.

Porque yo

la reviento; con que no  
le vuelva á ver por aqui,  
pues cojo un bastón con porra  
de mi marido, ¡so *zorro!*  
y le voy á hinchar el morro  
por querer vivir de gorra.

### ESCENA III

JUANITO

¡Caracoles! ¡Vaya un pistol  
¡Qué charla más descompuesta!  
¡En toda mi vida he visto  
una mujer como ésta!  
¿Voy á matar ó á robar  
á cualquier grande de España?  
¡No; porque para matar,  
hace falta tener maña!  
Pues si yo supiera, sí,  
mataría con exceso;  
¡pero, Dios mío, si á mi  
no me han enseñado eso!  
¡Asesinar! ¡friolera!  
y aprovechar la ocasión;  
pues no es fácil la manera  
de herir sin exposición.  
Por la espalda, puede ser,  
teniendo serenidad;  
pero se pueden volver  
con mucha oportunidad;  
y si yo lo intento, y no  
le mato á uno de repente,  
puedo ser el muerto yo,  
señores, muy fácilmente.

(Pasos.)

¡Siento pasos, qué agonía!  
Si vuelve á encontrarme aquí...  
no son de caballería,  
no es la madre... es la hija, sí.

ESCENA IV

JUANITO y ROSA, por la primera puerta derecha

ROSA           ¡Juanito del alma!  
JUA.           ¡Aquí estoy!  
ROSA                       ¿Qué tienes?  
JUA.           En la espalda frío,  
                  calor en las sienes,  
                  las manos heladas,  
                  los dientes bailando,  
                  la garganta seca,  
                  las piernas temblando.  
                  El alma cansada  
                  de ser infeliz  
                  y además... muy negra  
                  toda la nariz.  
ROSA           ¿Negra? ¡Tú estás loco!  
                  ¿Si está muy bonita  
                  y tienes la punta  
                  muy *coloradita!*  
JUA.           ¡Ay, qué desengaño!  
ROSA           ¿Pero qué te pasa?  
JUA.           Pues, ¡que me ha barrido  
                  tu madre de casa!  
                  ¡Dios mío! ¡Dios mío!  
ROSA           ¿Mi madre? ¿De veras?  
JUA.           ¡Digo! ¡Y de muy malas...  
                  muy malas maneras!  
                  Que ella no me sufre,  
                  que nadie la engaña...  
                  por poco me pega,  
                  por poco me araña.  
                  Y á pesar de esto  
                  tú me juras serme  
                  muy fiel.  
ROSA                       Te lo juro.  
JUA.           ¿Prometes quererme?  
ROSA           Con toda mi alma,  
                  ¡Juanito!  
JUA.           ¡Rosita,  
                  bonita!

ROSA

¡Bonito,  
bonito!

JUA.

¡Bonita!

ROSA

¿Me quieres?

JUA.

¿Lo dudas?

¿Me adoras?

ROSA

¡Te adoro!

JUA.

¡Mi cielo!

ROSA

¡Mi dicha!

JUA.

¡Mi bien!

ROSA

¡Mi tesoro!

JUA.

De día y de noche  
te miro, te veo,  
y me estoy quedando  
igual que un fideo.  
El día que pueda  
llamarte mi esposa,  
el día que llegues  
á ser mía, Rosa,  
verás cómo vamos  
de día y de noche  
por la Castellana  
y el Retiro, en coche,  
á pie ó á caballo,  
en fin, como quieras,  
pues yo voy contigo,  
de todas maneras,  
con placer inmenso  
con gusto infinito.

ROSA

¡Bonito!

JUA.

¡Bonita,  
bonita!

ROSA

¡Bonito!

JUA.

¡Y tener tu madre  
el genio tan malo,  
pues quiere romperme  
el alma de un palo!  
Me pone nervioso,  
me pone demente,  
y hace que me muera  
casi de repente.  
¡Que no tenga un día  
de dicha completa!  
¡Que no tenga nunca

ni media peseta!  
¡Que esté por las calles  
de prisa y corriendo  
dando tropezones  
tus pasos siguiendo!  
Que siga mis pasos,  
que me coja un día  
y que me deshaga  
de una sinfonía  
compuesta de un cosqui,  
cuatro puñetazos,  
un capón, dos tortas  
y veinte estacazos,  
y muera en la calle;  
porque si se empeña  
tu excelente madre  
en que lleve leña  
con mucha abundancia...

ROSA

no oirá mis quejidos,  
¡y me dará palos  
tres meses seguidos!  
¡Juanito del alma!  
¿Palos por tu novia?  
¡Esto no me gusta,  
me irrita, me agobia,  
me enfada, me ofende,  
me hiere en lo vivo!

JUA.

¡Pues calcula, Rosa,  
yo, que los recibo!

ROSA

Pero aunque mi madre  
te arañe la piel,  
¿me juras quererme?  
¿Me juras ser fiel?

JUA.

Lo juro.

ROSA

¡Bien mío!

JUA.

¡Hermosa!

ROSA

¡Riquito!

JUA.

¡Bonito!

¡Bonita!

ROSA

¡Bonita!

¡Bonito!

¡Que vienen!

JUA.

Me marchó.

ROSA

Es mi madre.

JUA.

¡Digo!





tres pesetitas. ¡Fué un rasgo  
de hombre generoso!

CAL.

¡Digo!

Pero, y yo, que le estoy dando  
de comer hace la mar  
de tiempo; dí, yo, ¿qué hago?

ROSA

Una obra de caridad.

CAL.

¡Una obra del... Vamos, vamos,  
no me irrites ni defiendas  
á semejante pelmazo.

A ver si recoges todos  
los papeles que hay tirados  
en el pasillo, y á ver  
si tocas un poco el piano  
en la cocina, teniendo  
un poquito de cuidado;  
haciéndome el gran favor  
de no romper ningún plato,  
porque sólo quedan tres,  
y aunque ahora están los cacharros  
baratitos, ni tu padre  
ni yo podemos comprarlos.

ROSA

¡Pobre Juanito!

CAL.

¡Te callas!

ROSA

¡Pobre Juan!

CAL.

¡Valiente trastol!

ROSA

¡A mí me va á dar un mal!

CAL.

Pues á él le darán un paló

si parece por aquí;

¡con que no estar descuidados!

(Vase Rosa por la primera izquierda.)

## ESCENA VI

DOÑA CALIXTA

¡Enamorarse esta simple  
de quien nunca tendrá un cuarto!  
Eso á nadie se le ocurre;  
digo, á nadie, no; ¡canario!  
porque yo me enamoré,  
hace ya bastantes años,  
de León, y no tenía

nada más que el pelo largo  
y tres pesetas diarias  
por tocar el contrabajo  
en Eslava. De manera,  
que yo me encontré en el caso  
que ahora se encuentra mi hija,  
y me es preciso evitarlo,  
que éste ni los doce reales  
tiene, que, aunque poco, es algo.

## ESCENA VII

DON LEÓN, que entra muy agitado por el foro. Trae un periódico en la mano que figura ser «El Liberal.»

LEÓN ¡Calixta!

CAL ¡León!

LEÓN ¿Por qué dejáis abierta la puerta?

CAL. ¡Ah! La habrá dejado abierta Juanito.

LEÓN ¿Se fué?

CAL. Se fué.

Por fin el trance fatal  
para él, llegó.

LEÓN ¿Le has echado?

CAL. Sí.

LEÓN Pues mira. (Mostrando el periódico.)

CAL. ¿Te ha dejado

el portero *El Liberal*?

LEÓN Para leer una cosa  
que á cualquiera vuelve lelo,  
y que á mí me ha puesto el pelo  
de punta, por lo horrorosa.  
¿No sabes lo que nos pasa?  
¿Lo que nos ha sucedido?

CAL. No.

LEÓN ¡Teníamos metido  
un ladrón en nuestra casa!

CAL. ¿Un ladrón? ¡Qué atrocidad!

LEÓN Escucha con interés  
que lo que digo no es  
ninguna barbaridad!

Gracias á que la justicia  
castigará á ese malvado  
que nuestro honor ha manchado.

Calixta, oye esta noticia,  
y juzga para tu mal,  
contemplando en esta tierra  
lo que dentro de sí encierra  
el instinto criminal.

(Leyendo.) «El fuego de anoche. Lugar del  
siniestro. En el grandioso establecimiento  
de frutos coloniales, titulado *La Provinciana*,  
en la calle del Clavel, número cincuenta,  
ha ocurrido, entre once y doce de la noche  
pasada, un violento incendio que ha  
destrozado casi por completo tan hermoso  
y bien surtido almacén.»

Tú, Calixta, no eres rana.

CAL.  
LEÓN

¿Rana? No lo fui jamás.  
Entonces recordarás  
que existió una *Provinciana*  
en Soria; tú estás segura  
que un hombre de mucha historia  
vino aquí, y vino de Soria.

CAL.  
LEÓN

¡Cielos.

Sigo la lectura:

(Leyendo otra vez.) «Origen del fuego. Empezó  
por los sótanos, propagándose inmediatamente  
al piso bajo, donde destruyó casi todos los  
géneros allí almacenados. Los móviles: El  
fuego se supone fué intencionado, y que el  
único móvil ha sido el robo.»

¿Qué te parece?

CAL.  
LEÓN

(Con impaciencia.) ¡Adelante!  
Calma, y muy tranquila está,  
porque hemos llegado ya  
á lo más interesante.

(Leyendo.) «Desgracias: Los dueños del  
establecimiento, don Lucio Sánchez y Conde y  
doña Fe del Cuerno...

CAL.

(Interrumpiéndole.)  
¿Desgracia tan horrorosa  
corresponde á doña Fe  
del Cuerno, á la tía de  
el novio de nuestra Rosa?

- LEÓN Exacto; y á su marido  
don Lucio Sánchez y Conde  
también, pues le corresponde  
la mitad de lo perdido.
- CAL. ¡Cómo iba yo á imaginar!..  
pero, ¿quién es el autor  
de ese fuego?
- LEÓN Haz el favor  
de dejarme continuar.  
(Leyendo.) «Los dueños, don Lucio, doña Fe  
del Cuerno, resultaron heridos, el primero  
con la rotura de la pierna izquierda y des-  
hecha la nariz, y la segunda con fuertes  
quemaduras en la cara y en las manos. Los  
médicos aseguran que perderá la oreja iz-  
quierda y el dedo meñique de la mano de-  
recha.»
- CAL. ¡Pobrecillos!
- LEÓN ¡Infelices!
- CAL. ¡Cuán justa será su queja!
- LEÓN ¡La mujer sin una oreja!
- CAL. ¡Y el marido sin narices!
- LEÓN ¡Horror!
- LEÓN ¡Desgraciada gente!
- CAL. Don Lucio tendrá una cara...
- LEÓN La que yo... si me quedara  
sin narices de repente.  
(Continúa leyendo.) «Sospechas: Según de pú-  
blico se decía, el único autor del incendio  
ha sido un joven llamado Juan López, an-  
tiguo dependiente de la casa.»  
Sin duda se ha divertido  
con nosotros.
- CAL. No será  
su sobrino.
- LEÓN Claro está,  
dependiente es lo que ha sido.
- CAL. ¡Ay, Dios mío!
- LEÓN Vamos, calma.
- CAL. Y hace poco le arrojé  
de casa. Pero ¿por qué  
yo no le habré roto el alma?
- LEÓN La ocasión no era propicia,  
Calixta; ya llegará;

- á más que se encargará  
de matarlo la justicia.
- CAL. ¡En nuestra casa un ladrón,  
un bandido, un criminal!
- LEÓN ¡Y quererle el animal  
de nuestra hija con pasión!  
(Leyendo.)  
«Más noticias: Los serenos...»
- CAL. ¡Detente, por Dios, no leas!  
si no, es fácil que me veas  
á mí con algo de menos,  
como al matrimonio. ¡Ay, Dios!
- LEÓN A mí lo que me da frío  
es pensar si en este lío  
nos meterán á los dos.
- CAL. ¿A nosotros? ¿Y por qué?
- LEÓN Pues ¡toma! por haber dado  
habitación al malvado.
- CAL. ¿Y hemos de pagar excesos  
y tropelías de otros?  
Dí, *Leoncito*, ¿á nosotros  
nos llevarán también presos?
- LEÓN ¡Digo!
- CAL. ¡Por causa de un tuno!  
¿Y atados?
- LEÓN Es natural.
- CAL. ¿Por qué?
- LEÓN Porque se anda mal  
cuando le prenden á uno.  
Olvida á todo el que debas,  
y que te de su perdón.
- CAL. Pero nosotros, León,  
podemos presentar pruebas  
de que somos inocentes,  
de que tú eres cordobés,  
y de que somos los tres  
unas personas decentes!
- LEÓN Calla, hija, no bárbarices,  
ni digas tanta simpleza,  
que has perdido la cabeza  
como el otro las narices.
- CAL. ¿Te parece que miremos  
lo que tiene el criminal  
en su cuarto?

LEÓN

No está mal  
pensado. Registraremos  
sus libros y papelotes,  
con objeto de tener  
pruebas para defender  
los respectivos cogotes.  
Anda, ve.

CAL.  
LEÓN

Vamos los dos.  
Corriente, Calixta; vamos,  
y no olvides que contamos  
con la justicia de Dios.  
(Mutis por la primera derecha.)

### ESCENA VIII

ROSA, que sale por la primera izquierda

¡Mamá, mamá! No está aquí.  
¿En dónde estará? De fijo  
que está registrando toda  
la habitación de Juanito.  
¡Echarle al pobre á la calle!  
¿Dónde habrá ido el pobrecillo  
á parar? Porque del modo  
que el infeliz va vestido  
no le admiten en ninguna  
casa que tengan pupilos. (Campanilla.)  
Han llamado. Voy á abrir. (Vase por el foro.)  
¡Mi Rosita! (Dentro.)  
¡Mi Juanito! (Idem.)

JUAN  
ROSA

### ESCENA IX

JUAN y ROSA

JUA.

(Muy alegre.) Aquí estoy ya, Rosa mía.  
Aquí, donde me han echado;  
aquí, donde he disfrutado,  
de ventura y alegría  
durante una eternidad.  
¡Ya somos felices, chical

- ROSA ¡Pero, por favor, explica  
tan grata felicidad!
- JUA. Pues, es el caso que yo  
á un amigo le pedí  
un duro, ¿recuerdas?
- ROSA Si.
- JUA. El amigo me lo dió.  
A tu madre la entregué  
dos pesetas.
- ROSA Claro está.
- JUA. Una le dí á tu papá,  
y yo, con dos me quedé.  
Una me gasté aquel día  
en chufas, leche y betún,  
y con la otra compré un  
billete de lotería  
de Colón, el cual ha sido  
superiormente agraciado,  
porque ya ves, me ha tocado  
¡el gordo! Hemos obtenido,  
para alentar nuestro amor,  
para calmar mis tormentos  
y todos mis sufrimientos,  
el gordo, el premio mayor.
- ROSA ¿De veras?
- JUA. El mundo entero  
es nuestro.
- ROSA ¿Sí? ¿De qué modo?
- JUA. Mira, en este mundo, todo  
se consigue por dinero. (Sacando el billete.)  
Y es muy fácil que reviente  
de alegría; pero, Rosa,  
te explicaré, que la cosa  
bien merece que se cuente.  
Entré en la administración.  
diciendo ¿me tocará?  
Compré un décimo de la  
lotería de Colón.  
Y á poco rato salí...  
salí satisfecho, ufano,  
con el billete en la mano,  
exclamando para mi:  
¿Por qué no me ha de tocar,  
como á otros, la lotería?

Si me tocára podría  
casarme; y sólo al pensar,  
que iba á ingresar en el gremio  
de maridos, sin querer,  
me figuraba tener  
en la mano el primer premio.  
No el premio, sino la guita,  
el dinero codiciado,  
y me veía casado,  
contigo, linda Rosita.  
Figúrate tú qué frío...  
y qué calor sentí al leer  
la lista grande; y al ver  
que el premio gordo era el mío  
me dió un desmayo feroz.  
¡Ay, hija, en aquel momento  
se me fué el conocimiento,  
y hasta me quedé sin voz!  
¡Qué sin fin de pulsaciones,  
qué manera de sudar,  
por fin iba á realizar  
mis hermosas ilusiones!  
Veía esta habitación,  
por demás estropeada,  
de repente transformada  
en magnífico salón.  
Estas sillas que dan asco  
mirarlas por lo tullidas,  
se hallaban sustituidas  
por sillones de damasco.  
Tú, Rosa, hecha una señora,  
pues sin ese delantal,  
ni el vestido de percal,  
estabas encantadora.  
Con esa cara de cielo,  
te sentaba de perilla  
la riquísima mantilla,  
en vez del pobre pañuelo.  
¡Una mantilla de encaje!  
¡Ah! Y además un mantón,  
que guardaba relación  
con tu cuerpo y con tu traje!  
Un vestido de los buenos,  
de colores nacionales,

y unas botas imperiales...  
de seis pesetas lo menos.  
Tú, dichosa al verte así,  
y yo me veía ya  
de levita por acá,  
de chistera por aquí.  
Con guantes verdes ó rojos,  
de iguál modo que mis suegros,  
y calcetines... más negros,  
que las niñas de tus ojos.  
Un bastón muy elegante,  
digno de mi gran fortuna.  
¡Ah, y en este dedo... una  
sortija con un brillante!  
Aunque tú sueles verterlas,  
porque lloras á menudo,  
en el pecho un gran escudo,  
todo repleto de perlas.  
¡Además, unos pendientes,  
que más de cuatro quisieran,  
unos pendientes que eran  
la admiración de las gentes!  
No te puedo, Rosa mía,  
por más que quiera explicar  
lo que yo pude gozar  
con lo de la lotería.

ROSA Pero, en fin, vamos á ver.  
¿Cuánto, te ha tocado?

JUA. Una suma muy hermosa:  
tres mil pesetas, mujer.

ROSA No guarda la cantidad  
relación con lo pensado,  
aunque te hubiera tocado  
el gordo de Navidad.  
Hubiera sido muy poco  
para calmar tu furor  
derrochando: haz el favor  
Juanito, de no ser loco.

JUA. ¿Loco yo? ¿Qué es lo que dices?

ROSA ¿Loco? Sí, porque te quiero.  
Mira: con ese dinero,  
podemos ser muy felices;  
compraremos dos toquillas  
para mí y para mamá;

para tí y para papá,  
dos pares de zapatillas  
de orillo. Ropa interior  
necesitáis; sobre todo,  
mi papá, que va de un modo,  
Juanito, que causa horror.  
No se puede él esperar  
sorpresa tan agradable...

### ESCENA X

DICHOS, LEÓN y DOÑA CALIXTA, por la primera derecha.

CAL. (Viendo á Juanito.) ¡León!  
LEÓN (¡Calixta!)  
LOS DOS (¡El miserable!)  
CAL. (Aparte á León.) ¿Si nos querrá chamuscar  
también á nosotros?  
LEÓN Calla,  
y ya que el traidor nos reta,  
y han tocado la trompeta  
para empezar la batalla,  
¡Tén ánimo, decisión,  
puesto que el caso lo pide,  
y en cuanto que se descuide,  
atízale un coscorrón!  
JUA. (Con alegría.) ¡Don León!  
CAL. ¡Ven, hija mía!  
ROSA ¿No sabéis lo que ha pasado?  
JUA. ¡Ya hay dinero!  
ROSA ¡Le ha tocado  
á don Juan la lotería!  
LEÓN ¿La lotería?  
ROSA Sí tal.  
¿Qué, no te pones contento?  
LEÓN Mucho.  
ROSA ¿Y tú?  
CAL. ¡Mucho!  
LEÓN ¡El talento  
que tiene este criminal!  
Rosita, véte un instante.  
Pero...  
ROSA  
LEÓN Te debes marchar,

pues tenemos que arreglar  
un asunto interesante  
Juanito, tu madre y yo;  
tú crearás seguramente  
que este es un hombre decente.

ROSA

Yo sí.

LEÓN

¡Yo y tu madre, no!

JUA.

¿Eh?

ROSA

¡Papá!

JUA.

¡Pero, señores!

LEÓN

¡Un criminal!

CAL.

¡Un bandido!

JUA.

¡Canario!

LEÓN

¡Que ha cometido

un crimen de los mayores!

JUA.

Considero necesario,

don León, que explique usted....

LEÓN

Toma, niña, (Dándole el periódico) entérate  
de lo que dice el diario.

JUA.

Pero, no comprendo.

ROSA

Dame.

LEÓN

Lee todo esto.

ROSA

A ver... (Leyendo.) «El fuego...»

LEÓN

Y como no digas luego

que tu novio es un infame,

que es del infierno un aborto,

que no son justas mis quejas,

me corto las dos orejas.

CAL.

¡Y yo también me las corto!

(Rosa entra segunda izquierda acompañada hasta la  
puerta por Calixta y León.)

## ESCENA XI

LEÓN, CALIXTA y JUANITO

JUA.

Pues, señor, en esta casa  
están...

CAL.

(¿Qué vamos á hacer?)

JUA.

Pero, ¿se puede saber,  
señores, lo que les pasa?

Yo tengo delicadeza

y no tolero jamás...



JUA. ¡Eso es mentira!  
LEÓN ¡Pues el periódico, es muy probable, que no mienta, miserable!  
JUA. ¿En dónde está ese papel?  
LEÓN La niña lo tiene.  
CAL. Justo.  
JUA. Y dice mi nombre, Juan...  
LEÓN ¿Pero, usted se cree que habrán puesto su nombre por gusto?  
JUA. ¡Llame usted a su hija pronto!  
CAL. Rosita... ¿Qué te parece?  
(A Rosa que sale con el periódico en la mano.)

## ESCENA XII

DICHOS y ROSA

ROSA ¡Pues, que papá se merece una paliza por tonto!  
Os suplico tengáis calma y os vayáis tranquilizando, porque se ha estado tocando el violón, con toda su alma, mi papá.  
CAL. ¿Qué dices, Rosa?  
LEÓN Que he tocado...  
ROSA ¡Por supuesto!  
No has debido decir ni esto, hasta leer bien la cosa...  
Haz el favor de fijarte, y así podrás comprender que con tu modo de leer no se va a ninguna parte.  
(Leyendo.)  
«Según de público se decía, el único autor del incendio ha sido un joven llamado Juan López, antiguo dependiente de la casa.»  
JUA. ¡Caracoles!  
ROSA Tú has leído esto tan interesante, y sin pasar adelante

has dicho: ¡Juanito ha sido!  
Pues, no, señor.

JUA. ¡Eso es!

¡Yo qué había de quemar!

ROSA ¡Haz el favor de escuchar  
esto que viene después! (Leyendo.)

«Ultima hora. El antiguo dependiente de  
la casa llamado Juan López, y que en un  
principio se creyó autor del siniestro, ha  
sido hallado en un sótano del almacén, as-  
fixiado.»

LEÓN ¿De veras?

CAL. ¡Ay, qué alegrón!

LEÓN Pero, ¿es verdad?

CAL. ¿Dice eso?

ROSA Míralo.

LOS DOS Justo.

CAL. ¡Ay, qué peso  
se me ha quitado, León!  
Llamarle á usted criminal  
por éste. (Señalando á León.)

LEÓN Mujer, ¿qué quieres?

CAL. Cuando yo digo que eres  
un grandísimo animal.

LEÓN Pero, el nombre de su tía,  
la que creyó se había muerto,  
¿no es éste?

ROSA Cierto.

JUA. Muy cierto.

LEÓN Y lo de la lotería,  
¿es cierto también?

ROSA } Sí tal.

JUA. }  
LEÓN } Entonces, haga el favor  
de no aborrecernos por  
haberle tratado mal.

CAL. Iremos al almacén  
á ver á su tía.

JUA. Iremos.

LEÓN Y de allí nos marcharemos,  
cuando ya se encuentre bien.  
Verá que es usted muy fino  
porque á visitarla va,  
y no le disgustará

la visita del sobrino.  
Le dará á usted su perdón,  
y yo, como no tengo oro,  
ni poseo más tesoro  
que este cacho de turrón  
por toda una eternidad,  
don Juan, ¡se lo entrego á usted  
con el fin tan sólo de  
hacer su felicidad!  
¡No más sardinas pasadas  
ni peladillas de Alcoy!  
Nada, nada, desde hoy  
perdices escabechadas.  
Pero, qué feliz me siento,  
Calixta, en este momento,  
y si estos buenos señores  
quieren verme más contento,  
que me otorguen sus favores.

TELÓN



# PUNTOS DE VENTA

---

En casa de los corresponsales y principales librerías de España y extranjero.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranza, sin cuyo requisito no serán servidos.